

EL DETERMINISMO EN LOS PROCESOS HISTÓRICOS

Jaime Collazo Odriozola

El problema de las determinaciones del proceso social ha ocupado a filósofos y científicos sociales en el último siglo. Anteriormente ya había sido tratado por teólogos e intelectuales en general. Remontándonos hacia atrás, lo encontramos en el Antiguo Testamento, especialmente en el Libro de Job. En el Renacimiento la polémica entre Erasmo y Lutero se centró en gran parte en el problema del "libre arbitrio" y el "servo arbitrio", pero quien adoptó la posición extrema a favor del determinismo fue Calvino con su doctrina de la predestinación. Con las variantes propias de una época que ya no se desvela tan intensamente con el problema de la divinidad, el asunto se replantea con la emergencia del positivismo y del marxismo, muy vinculado a la posibilidad de hacer de la historia una disciplina científica. Un hito importante en el desarrollo de la discusión, fue la aparición del artículo de Plejanov: **El papel del individuo en la Historia**. En México, el asunto ha tenido una brillante reaparición con motivo de la publicación del libro de Carlos Pereyra: **El sujeto de la historia**, y el comentario que para su presentación en Madrid le hizo Adolfo Sánchez Vázquez, publicado en **Ensayos marxistas sobre historia y política**. A primera vista las objeciones de Sánchez Vázquez parecería que son solamente una cuestión de matiz, puesto que el primero dice: "Sería mala estrategia teórica sostener que las cualidades personales no desempeñan ningún papel en el desenvolvimiento de la historia. Todo proceso social está constituido de manera sustantiva por actos individuales cuya realización es producto de decisiones que se adaptan —habitualmente— con base en una elección entre diversas opciones posibles. El último párrafo está citado por Sánchez Vázquez como ejemplo de algo "apuntado", aunque no "asumido y desarrollado" por Pereyra.

Ambas posiciones no serían tan antagónicas como podrían sugerirlo las palabras, sino más bien se trataría de una cuestión de énfasis, de acentos. Parecería que para ambos, los hombres sufren ciertas determinaciones que limitan su "libre albedrío", sus posibilidades de elegir, de decidir. Pero siempre hay opciones y allí sí juega su papel la libertad, la elección no determinada. Casi me

atrevería a decir que todos los historiadores podrían suscribir algo parecido. Las discrepancias, como en este caso, surgirían al tratar de ponerse de acuerdo, sobre la cantidad de opciones que se le presentan, o mejor dicho, sobre qué tan amplio es ese margen de libertad que queda a los individuos.

Cualquier hipótesis que se plantee al respecto será no científica, de acuerdo con los moldes positivistas popperianos, porque no podrá ser ni comprobada ni refutada. La decisión en este caso podría tener carácter científico si fuera posible repetir cualquier proceso histórico o social y hacer que sus protagonistas adoptaran una opción diferente a la realmente tomada. Pero es ocioso repetir que no se puede experimentar en ciencias sociales para hacer cambiar una decisión y verificar el resultado. Max Weber apuntaba en ese sentido con su método tipológico, pero sólo como un proceso racional, intelectual y tenemos sobrada experiencia para saber que la realidad generalmente opera con una racionalidad diferente de la nuestra, se resiste a cambiar según las directivas que nuestro intelecto le prescribe. Quien dude de esto que interroge a cualquier ex-secretario de hacienda. Los historiadores saben bastante de esas especulaciones acerca de lo que hubiera pasado si... las decisiones hubieran sido otras. Se le llama peyorativamente "la historia de si..." y se recomienda no practicarla. El método comparativo trabaja con procesos ocurridos o con lo que de ellos se sabe, no con especulaciones. Por lo tanto, si ninguna hipótesis puede refutarse, sólo se puede seguir con el tema en forma especulativa.

Sánchez Vázquez como filósofo, se muestra muy preocupado por problemas axiológicos y de responsabilidad. Se niega rotundamente a aceptar la determinación total del proceso social porque "la elección se vuelve superflua y la crítica y valoración de esta elección" también. Seis renglones más abajo insiste en que si las decisiones se toman "por la necesidad histórica", entonces queda excluida "la valoración y la crítica". Para él, este asunto "involucra el problema de la responsabilidad política y moral de los agentes". "Se trata de la responsabilidad que contraen al decidir entre las opciones posibles que se les presentan ya que la elección no se halla determinada, al menos directamente, por la situación



objetiva. La responsabilidad desaparece si el agente se encuentra ante una sola posibilidad ya que entonces no hay espacio para una elección racional". Aquí cabe apuntar de pasada que las libres elecciones humanas, en el caso de que existan, difícilmente pueden concebirse como racionales; pero sigamos con lo otro. Pone como ejemplo el proceso soviético desde la Revolución hasta la muerte de Stalin y agrega que éste "no puede ser exonerado de su responsabilidad moral y política individual".

Una de las censuras más insistentemente repetidas que ha debido padecer la historia, fue la de la incidencia de los valores en el proceso de investigación. Tanto en la elección del tema, como en la selección de los documentos, como en los criterios de significatividad, como en la peculiaridad derivada del hecho de que su objeto de estudio también está cargado de valores, lo que haría imposible abordarlo sin valorarlo. Mucha tinta se gastó, por un lado para demostrar que con respecto a las tres primeras objeciones no había ninguna diferencia con cualquier otra ciencia fáctica. Que la cuarta no modificaba en nada las técnicas, puesto que esos valores también eran algo que debía explicarse, lo que no im-

plicaba valorarlos. Por otro lado la tradición historiográfica desarrolló toda una preceptiva para alertar a los historiadores e instarlos a eliminar de sus trabajos todos los valores que fueran conscientemente capaces de detectar. Por supuesto que los valores siguen operando inconscientemente, pero eso es el subproducto, los desechos de la investigación y toda ciencia los tiene. Eso es precisamente lo que el resto de la comunidad de historiadores no comparte con cada historiador individual. Pero un problema real que casi ha logrado eliminarse de la investigación actual es la costumbre de emitir juicios de valor acerca de las personas involucradas en los procesos estudiados y de sus actitudes. No puedo resistir la tentación de recordar las batallas de libró Lucien Febvre para evitar que los historiadores se erigieran en "jueces suplentes del Valle de Josafat". Mucho le ha costado a la historia irse ganando el modesto y secundario puesto que ha logrado entre las disciplinas de conocimiento, para recaer en viejos vicios y tentaciones superadas. La moral, la ética, cambian junto con la economía, la estética, la ideología y todos los otros niveles que integran el proceso histórico. ¿Desde qué moral juzgar los actos de hombres de otra época? ¿De otro ámbito

social? No debemos olvidar que muchos actos considerados inmorales en su tiempo. Sánchez Vázquez pide que la teoría de la historia se adecúe a las necesidades de otras disciplinas (la moral, la ética) y esto no es posible. Como hombres aislados podemos hacerlo y hasta me atrevo a decir que sería deseable que lo hiciéramos, pero el conocimiento no se detiene por nuestra convicciones. Recordamos que el rechazo por motivos religiosos que Einstein exteriorizó acerca del principio de indeterminación de Heisenberg, no impidió su aceptación por la comunidad científica. La valoración y la crítica (salvo cuando esta significa análisis) no forman parte del oficio de historiador. Su función es explicar y hacer inteligibles los procesos sociales pasados, no acusar ni buscar responsabilidades. Por lo tanto si el historiador en búsqueda llega a ciertas conclusiones teóricas que contradigan ciertos valores o ciertos intereses extrahistóricos, no por eso debe detenerse.

Pero más sorprendente es lo que dice a continuación: "Decir que es responsable (Stalin) no significa negar que sus decisiones y actos se hallaban **determinados** sino que esta determinación no es pura y simplemente ha de la situación objetiva; hay que contar ciertamente con factores subjetivos: su pasado, las tradiciones diversas en que se ha formado ideológicamente, las influencias que ha recibido, su pertenencia a la burocracia estatal, etcétera. En la Unión Soviética, en aquellos años, primeros años de la Revolución, quedaba espacio para otras opciones posibles como la que postulaba, por ejemplo, la "oposición obrera". Se incluyen entre los factores subjetivos una serie de determinaciones que por serlo ya dejan de ser subjetivas. Las mentalidades, colectivas son una realidad objetiva, independientemente de que sean transportadas por sujetos. También la economía es transportada por sujetos y nadie ha dicho que no sea una realidad objetiva. Hay un problema conceptual y terminológico en ese pasaje que enturbia mucho el cambio de ideas. El pasado social de los individuos, las tradiciones ideológicas, la pertenencia a la burocracia, las influencias recibidas son **DETERMINACIONES OBJETIVAS** en la medida en que son limitaciones exteriores al libre albedrío y la capacidad de elegir entre diferentes opciones. Toda la herencia material, moral, intelectual, reli-

giosa, ideológica, técnica, científica, estética, en una palabra, la cultura que recibimos, forma parte de una realidad objetiva que es precisamente el objeto de estudio del historiador, de donde surgen sus explicaciones del proceso histórico "impersonal". Confundir "objetivo" con realidad material y "subjetivo" con realidad espiritual equivale a cambiar los términos en que Pereyra había situado la discusión. De lo que estamos hablando es del libre albedrío.

Ahora bien, podemos coincidir, a pesar de todo, en que hay un límite a la gama de posibilidades que se ofrecen a la elección personal, pero que esa elección, esa opción es indeterminada, azarosa, casual y por tanto inexplicable. Aquí debemos tener en cuenta dos tipos de determinaciones que el historiador no puede perder de vista: las que se derivan de la "duración" del pasado y las que se derivan de los demás hombres que participan de nuestro propio presente. Aceptamos provisoriamente que hay elección casual, lo cual no significa aceptar que dicha elección tenga consecuencias sobre la sociedad, sobre el proceso histórico. Es posible aceptar una elección personal libre que pueda afectar la vida de un individuo en lo personal, pero una sola persona no puede influir en la marcha del proceso social. Como dice Pierre Vilar, la historia es "el resultado estadístico de los hechos anónimos: de aquellos cuya repetición determina los movimientos de población, la capacidad de producción, la aparición de las instituciones, las luchas secretas y violentas entre las clases sociales —hechos de masas todos ellos que tienen su propia dinámica". Cuando una elección azarosa se repita en tantos individuos como para constituirse en un hecho social, creo que tenemos motivo para sospechar, aunque no tengamos los medios para probarlo, que dicha elección no era tan azarosa, sino que debía tener fuertes determinaciones, aunque repito, no tengamos en este momento forma de verificarlo y ubicar dichas determinaciones.

En realidad, no son las decisiones de los individuos las que pesan en la evolución de la sociedad, si no el apoyo social que esas decisiones tengan. En 1914, el Zar decidió hacer la guerra. En Rusia muchos pensaban como él, eran una minoría, pero muy influyente. El Gobierno Provisional decidió respetar los tratados se-

cretos y los compromisos firmados por el gobierno zarista, pero una gran masa de la población estaba en contra en forma cada vez más decidida a medida que el conflicto avanzaba. Los bolcheviques no fueron tratados como traidores por firmar una paz onerosa en Brest-Litovsk, por la población Soviética, porque interpretaban bien el pensamiento y los deseos de las grandes mayorías. Pero analicemos el mismo ejemplo que nos ofrece Sánchez Vázquez. Las decisiones del "Gulag" ¿las tomó solo Stalin? ¿Las realizó él solito? Se podría alegar que lo impuso por el terror, pero debemos tener en cuenta que los gobiernos terroristas también necesitan ejecutores y un grupo social, aunque sea minoritario, que esté de acuerdo. Si damos respuestas afirmativas a esas interrogantes, podemos condenar a Stalin y dejar de lado a una sociedad que lloró su muerte honda y sinceramente, con más intensidad que la que lloraron a muchos familiares cercanos y queridos. También habría que preguntarse por qué costó tanto borrar su memoria y condenarlo públicamente. Pero sobre todo, habría que preguntarse qué pensaban los que llevaron adelante las famosas purgas de 1936-37, o las matanzas de campesinos de 1930-33 exigidas por la colectivización forzosa. Matanza que siete años antes había anunciado Preobrajenski en sesión del Comité Central. ¿Qué pensaban los que concibieron, instalaron y mantuvieron durante tanto tiempo en funcionamiento el Gulag? Cuidado, si de juicios se trata, enjuiciar a Stalin es fácil y poco problemático, pero enjuiciar a toda una sociedad es más complejo porque no podemos hacerlo desde nuestra individualidad, sino desde nuestra sociedad y entonces sí que podemos aplicar aquello de "el que se halle libre de culpa..."

En la perspectiva histórica, Stalin no fue más que el emergente de fuerzas sociales que en un momento de la evolución social y política del pueblo soviético impusieron su proyecto y su visión. Alega Sánchez Vázquez que había otras opciones como la de la "oposición obrera", cuando precisamente, esas fuerzas representaban a otros grupos sociales que fueron derrotados. Si Stalin hubiera optado por esta opción, seguramente hubiera sido derrotado y otro hubiera ocupado su lugar, pero el proceso histórico soviético no hubiera variado. Esto es

una convicción que no se puede verificar. Sin embargo, si queremos entender por qué Stalin no podía estar con la "oposición obrera", tal vez sería procedente atender a ciertas "estructuras" de larga duración determinante del proceso. El Comité Central de los bolcheviques en septiembre-octubre de 1917, contaba con veintiún miembros. Lenin y Sverdolv mueren naturalmente antes de las purgas. De los diecinueve restantes, dos eran de extracción obrera, dieciséis de la clase privilegiada y uno, UNO SOLO, Stalin, era hijo de campesinos y su padre había sido siervo adscripto a la gleba antes de la liberación de 1861. Como mínimo el 80o/o de la población del Imperio Ruso en 1917 eran campesinos. Son dos factores que se inscriben en la "larga duración". Seguramente esta explicación no es suficiente, pero ¿quién era el más capacitado para interpretar a la mayor parte de la población, o al menor el que tenía antecedentes para suponerlo el más capacitado? Aunque no suficiente, esta explicación puede orientarnos mejor en el sentido de la comprensión del problema que ningún juicio moral sobre un individuo, ni ningún pedido de responsabilidades póstumo.

La mente humana tiene tendencia a simplificar complejos procesos sociales, resumiéndolos en algunos nombres propios que se hacen depositarios de todas las pasiones que los hombres proyectan sobre ellos. Esto puede ser una característica psicológica propia de la mente humana, o bien un elemento desarrollado o estimulado por determinadas formas de organización social. Semejantes simplificaciones permiten analizar no sólo los procesos sociales del pasado, sino también los actuales y es sobre éstos, sobre los que la propaganda oficial de las clases dominantes centran su mayor insistencia. En el reciente caso de ataque a Libia por parte de los Estados Unidos de Norte América, podemos ver que es muy fácil lograr adhesiones contra ciertas formas de terrorismo; si logramos que el público identifique el fenómeno terrorista con las diabólicas intenciones de algún presidente. Sería más difícil lograr muchas adhesiones si se analizaran a fondo los orígenes y las causas del terrorismo y si tras una definición clara del término, se pudieran estudiar estadísticamente y clasificar según sus motivaciones o cualquier otro crite-

rio, TODOS los actos que cupieran dentro de la definición acordada. Este análisis podría revertir las adhesiones en rechazo de quienes hoy han buscado el consenso para "castigar" a Libia, Siria, Irán, ayer a Guatemala, Cuba, México, mañana a Nicaragua. . . Conscientes o no quienes personalizan los procesos sociales, ayudan a quienes sí ven allí una finalidad. Se torna peligroso en la medida en que el gran público se acostumbra a ellos, porque de otra forma no sería tan fácil hacerlo cambiar de opinión con tanta velocidad como cambió la población norteamericana con respecto a las intervenciones de su país en otros países desde el fin de la Guerra de Viet Nam en 1975 hasta este año, y convencerla con argumento de trivialidad supina.

El desarrollo actual del conocimiento histórico no

permite sostener válidamente la teoría de la determinación total, ni la de la influencia individual y azarosa en el proceso histórico. Para poder sostener cualquiera de ambas sería necesario saber más acerca del funcionamiento íntimo de dicho proceso, cosa que sólo se puede lograr con una profundización del conocimiento y un perfeccionamiento constante de sus herramientas, mientras tanto, el tomar partido por una u otra posición es una cuestión de convicciones personales, lo que es otra forma de decir, de valores.

Razones de espacio nos impiden analizar aquí las características del conocimiento histórico en este tiempo, lo cual sería el siguiente paso para continuar con este tema que no lleva miras de agotarse.

